

Recordándolas hoy, la tía Justa y la tía María, estáticas junto a sus columnas, me parecían los leones de las Cortes convertidos en modestas vendedoras, sólo que de distinto tamaño y carácter. La tía María, pequeña, con un rostro de gesto más adusto, enjuta y de riguroso negro, ostentando el luto por su difunto Benito; la tía Justa, de faz amable y comedida expresión, más entrada en carnes y de aspecto más indolente y calmoso, con su media naranja aún en vida, que, casualidades del destino, también llevaba el nombre de Benito, aquel incansable distribuidor de los antojos de la fortuna a través de sus décimos de lotería, los cuales aventaba en sus reclamos, cuasi canto, como humilde barítono de provincias venido a menos.

El puesto de la tía Justa era un negocio un poco más ambicioso que el de sus competidoras, pues también abarcaba la inestimable e insigne tarea de difundir la cultura a través de tebeos, esa literatura en la que muchos se ejercitaron y que en algunos abrió el cauce del gusto por la buena lectura e incluso supuso un camino iniciático a la búsqueda del auténtico arte literario. Sobre un cordel, que iba de extremo a extremo del puesto, colgaban algunas de las publicaciones más populares de la época: El Capitán Trueno, El Jabato, Roberto Alcázar y Pedrín, sin olvidarse de los cuentos de hadas, cromos o recortables.



Como experimentadas vendedoras, bien curtidas en el oficio, sabían dotar a su rostro de la expresión más adecuada a la situación. Y así, sacaban lo mejor de su carácter cuando las ingenuas criaturas iban acompañadas de sus padres: “¿Qué es lo que quieres, guapo? ¿Qué es lo que más te gusta, alhaja?”... Sin embargo, su semblante adoptaba un aire más huraño cuando a los puestos se acercaba algún grupete con dudosas intenciones. Entonces se ponían a la defensiva y con los ojos bien abiertos para que en el río revuelto de estos pequeños granujillas no hubiera algún hábil “pescador” que enganchara en su “inocente” mano alguna pieza de la atrayente exposición (llámese saci, barra de regaliz o chicle Bazooka) sin pasar por caja.

Exceptuando el parón obligado del invierno, periodo en que dejaban a la plaza huérfana de su presencia y a los párvulos privados de su selecta muestra de golosinas, las podíamos ver a lo largo de todo el año armadas de paciencia junto a su puesto - de combate y de subsistencia- ancladas en la esperanza cotidiana, ofrenda cálida y silenciosa a una providencia en la que estaban obligadas a confiar.

La primavera se convertía en días de solecito y conversación, de renacido optimismo, de ilusión tras el letargo invernal y de reencuentro con el gran escenario del que ellas mismas formaban parte. Era la época ideal – el deshielo de los

corazones - para escarbar en los recuerdos comunes, expresarlos y compartirlos con los demás poniéndolos al alcance de la mano, o mejor, al alcance de la memoria. Bocanadas de aire fresco, días de apuntalar la seguridad de sus esquemas y proyectos con vistas a la nueva temporada.

En verano, al caer la tarde, cuando el día se volvía clemente y parecía firmar la tregua de costumbre con los sufridos viandantes, instalaban en el sitio de costumbre sus reducidos tenderetes. Eran días de abanico y paciencia, pero días que había que estar al pie del cañón a la espera de que algún despistado chaval llegara para gastarse los pocos realitos que le bailaban en el bolsillo.

No obstante, la imagen más marcada – quién sabe si también la más triste - que guardo de ellas quizás sea la de las primerizas tardes de otoño de septiembre y octubre, meses que desde niño me han dado la impresión de apatía y desencanto, aunque de modo muy distinto. Septiembre, mes huido, de olor a vendimia y libros nuevos, es un periodo de despedidas y regresos, de caminos que se enlazan y caminos quebrados; octubre, por su parte, siempre me ha parecido un mes desnortado, sin un camino fijo y con unos propósitos muy erráticos.

Aquellas tardes de aspecto solitario y amarillento nuestras abnegadas vendedoras solían pasar gran parte del tiempo observando con detenimiento

el lento transitar de la gente que se adentraban en la plaza, ya con paso presuroso, ya con delicada parsimonia, por las muchas vías que conducen a ella. Habituales presencias que llenaban el aire de un clamor sosegado. Escenas que me traen a la mente, haciendo un paréntesis en este tiempo de remembranzas, los hermosos versos de Vicente Aleixandre: *Era una gran plaza abierta, y había olor de existencia. Un olor a gran sol descubierto, a viento rizándolo, un gran viento que sobre las cabezas pasaba su mano, su gran mano que rozaba las frentes unidas y las reconfortaba. (...) Allí cada uno puede mirarse, puede alegrarse y puede reconocerse.*

Al borde de caer en la tentación de aceptar la rutina y la inercia de lo ya percibido, la tía Justa y la tía María, en esas jornadas otoñales, y con la llegada de los primeros fríos, eran, acurrucadas junto a su negocio con un aguante espartano, como dos almas en pena, dos personajes de postal en el escenario de aquella plaza que tanto y a tantos había visto pasar. Estampa que el propio Berlanga hubiera filmado con gusto y emoción. Allí, como dos gallinas en el palo del gallinero, en este caso en unas humildes sillas con asientos de espadaña, observaban el transcurrir de existencias ajenas inmersas en el panorama de aquel gran decorado del que ellas debían de conocer cada piedra, cada desconchado – las